

Conversaciones con Javier Carvajal Ferrer

Eduardo Delgado Orusco

En las páginas siguientes recuperamos una sección dedicada a conversar con los maestros de la arquitectura nacional e internacional, que ya ha contado con la presencia de Francisco de Asís Cabrero, Miguel Fisac, Fernando Chueca, Charles Jencks y, en el número anterior, de Elissa Aalto conversando sobre su marido Alvar. A continuación reproducimos un extracto de la conversación entre Javier Carvajal Ferrer y Eduardo Delgado Orusco, en la que el maestro reflexiona sobre sus circunstancias históricas, el pasado, el presente y el futuro de la Arquitectura desde su posición serena y apasionada a un tiempo.

-Javier: para empezar me gustaría que me comentaras si tu traslado obligado a Madrid a una edad temprana sirvió para reafirmar tu herencia o bien te ha hecho olvidar un poco tus orígenes y establecer un vínculo especial con la ciudad que te ha acogido desde entonces.

-No... o sí -como prefieras-; porque mi contestación tiene que ser ambigua, ya que nací en Barcelona de una familia mixta, como tantas otras familias catalanas: castellana por mi padre y catalana por mi madre.

Mis dos apellidos lo dicen claro: Carvajal y Ferrer.

Allí nací, allí viví muchos años, entre otros los amargos y dramáticos de la persecución revolucionaria y de la guerra, que muchos no lo recuerdan, o no quieren recordar; allí cursé mi Bachillerato y el ingreso en la carrera, cuando había ingresado.

Luego, mi corazón enfermo -afortunadamente no demasiado- me trajo a Madrid. Y en Madrid estudié Arquitectura, me colegé, abrí mi Estudio y comencé a trabajar. Y aquí sigo, sin que esas circunstancias me hayan hecho renunciar a todo lo que me aportó la doble herencia de sangre y de cultura de mis padres.

-Antes de entrar de lleno en el fondo de la entrevista quisiera que me dieras una visión de conjunto de las posibilidades de acceso a la cultura arquitectónica de que disponíais en tu primera época de formación. Por ejemplo, ¿tuvisteis oportunidad de conocer lo que se había construido en España con anterioridad a 1939?

-Querrás decir antes de 1936; y es cierto que algunos la conocíamos; pero hay que decir también que éramos muy pocos, y muy poco lo que en esos diez años -1935 a 1945- se había construido en la línea que a nosotros nos interesaba; como también no era tanto lo que antes de esas fechas se había construido en Europa.

En cualquier caso no puede decirse que

esa Arquitectura polémica, fuese una realidad cuajada y socialmente admitida, ni por tanto extensamente difundida.

Ten en cuenta que hasta muy adentrada la posguerra europea, que prolongó la nuestra hasta los años cincuenta, no nos fue posible, por razones obvias, viajar ni adquirir información gráfica que pudiéramos tomar como ejemplo.

Tal vez, ese conocimiento de la Arquitectura polémica de los años treinta fuera patrimonio limitado de los hijos de arquitectos, contemporáneos y comprometidos con el movimiento moderno; o de los pocos que, como yo mismo, lo conocimos por la vía extraprofesional que nos abrió la inquietud e interés por la Arquitectura de nuestras familias -que desde luego no eran, sin duda muy numerosas-; por lo cual tengo, entre otras muchas razones, esta deuda de agradecimiento con mis padres.

Hay que entender nuestras dificultades. Recuerdo con toda claridad la insoportable imagen de las ruinas de la Europa que aún en esos años hacían de Berlín, Varsovia, Dresde, Frankfurt o Nápoles un espectáculo desolador.

El propio Le Corbusier me decía, la última vez que hablé con él, poco antes de su muerte: "No se equivoque usted: en esos años anteriores a la guerra, muy pocos de mis proyectos se construyeron: ni el Palacio de la Sociedad de Naciones de Ginebra, que ganó el concurso al que me presenté, ni tampoco el Palacio de los Soviets de Moscú ni la Ville Radieuse ni el Plan Voisin ni mis propuestas para la reconstrucción de Europa se hicieron realidad; ni siquiera Saint Dié llegó a ser una realidad completa".

Y sus grandes construcciones no vieron la luz hasta después de la guerra: las Unidades de Habitación, La Tourette, Ronchamp, la O.N.U. de Nueva York, como tampoco vio la

luz el Hospital de Venecia, que nunca llegaría a construirse, como él presentía.

Lo mismo ocurrió en Alemania o en Checoslovaquia; y el propio Mies no dejó hasta su ida a Norteamérica mucha más obra construida que su Pabellón de Barcelona o las Casas de Brno.

Ni la Bauhaus como tal dejó otra huella en Europa que su propio Edificio.

Blanco Soler me contó un día que él quiso matricularse en la Bauhaus para estudiar Arquitectura y no pudo hacerlo porque en ella no se cursaba "la carrera" de arquitectura, por la sencilla razón de que no se contaba con el profesorado técnico necesario para impartirla.

En España, el movimiento moderno dejó en Barcelona la Casa Bloc, la Casa de Sert, en la calle de Muntaner, su Hospital Antituberculoso y poco más.

En Madrid, la Casa de Barco de Bergamín, el Barrio del Viso, la Piscina de la Isla de Gutiérrez Soto -destruida por la guerra-; el Bloque de Apartamentos "Gaylor's" o la Residencia de Estudiantes Femeninos, ambos de Blanco Soler; en San Sebastián el club Náutico de Aizpurúa; el Cabildo de Tenerife; o el Cine Coliseum de Madrid y poco más; y algunos de los Edificios de la Ciudad Universitaria en construcción en 1936, arruinados por la lucha en la Casa de Campo.

No; ciertamente no puede decirse que el movimiento moderno estuviera consagrado ni en España ni en Europa, antes de 1939 como tantas veces se dice.

Era en todo caso, -y en todo el mundo- un movimiento minoritario, cargado de esperanzas, que necesitó del circunstancial encuentro de los grandes arquitectos europeos emigrados a los Estados Unidos, con su técnica y sus mercados para hacerse una realidad construida, y convertirse en una de las más emblemáticas imágenes del siglo XX, que entró en crisis, cuando hicieron crisis en los años 60, todos los mitos alimentados

en Europa a lo largo de tres siglos de cultura racionalista que ahora terminan, ante nuestros propios ojos.

-¿Cuáles fueron las actitudes de los artífices de la arquitectura de los cincuenta y el contexto español que encontraste tras tu experiencia en la Academia Española de Roma?

-Los proyectos que realicé en Roma y los primeros -contemporáneos- en España enlazan con el interés que animó a muchos de los arquitectos -que terminamos la carrera a finales de los años cuarenta y comienzo de los cincuenta- a plantearnos la necesidad de una renovación profunda de la Arquitectura en general, apoyándonos en el movimiento moderno de anteguerra, enlazando con una actitud renovadora de todo el amplio marco de todas las artes y también del diseño industrial, interés que, tal vez, marcó nuestra vocación de arquitectos.

Allí están, para siempre, los nombres precursores de Blanco Soler, Cordech, Alejandro de la Sota, Asís Cabrero, Aburto, Fisac y Sáenz de Oíza, maestros, algunos casi de nuestra misma edad; y los de la nueva generación de Molezún, Corrales, Paredes, yo mismo y tantos otros; con Bohigas, Correa, Milá, Moragas y el acompañamiento de prometedores hombres de Barcelona; y otros lugares de España que harían ese recuento abrumador.

Fue en aquellos años, mentidos por la historiografía y el interés politizado más reciente, donde alentaron tantas posibilidades y realidades, esperanzadas y cargadas de esfuerzo, silenciadas o deformadas muchas veces.

Fue en aquellos años donde todos nosotros y otros muchos, más allá del marco de la Arquitectura, sentíamos como algo propio una necesidad de una renovación arquitectónica y artística profunda.

-¿Cómo fue posible que desde unas Escuelas academicistas llegara a esa visión renovadora?

-Tal vez sea difícil de entender; pero el hecho cierto es que todos nosotros, que no habíamos vivido los años treinta, en que las vanguardias de todo tipo habían abierto camino, ni habíamos compartido los entusiasmos de un Aizpurúa o de un Sert -dos puntos coincidentes y extremos, a la vez, de



ALFONSO SERRANO

una misma galaxia- vitalmente nos sentíamos ajenos a los historicismos y academicismos que en Europa y en América seguían siendo las expresiones más aceptadas por la opinión mayoritaria de la sociedad que nos rodeaba.

Nosotros, fundamentalmente, habíamos aprendido todo cuanto sabíamos, o intuíamos, de la modernidad, en los libros y en las revistas que no pocas veces nos llegaban a las manos con años de retraso. La revolución y la guerra de nuestros años treinta, primero, y luego la Segunda Guerra Mundial -que felizmente nos fue ahorrada- no nos habían dejado muchas posibilidades de viajar y conocer la poca Arquitectura moderna que fuera de España se había comenzado a construir, de forma minoritaria y puntualmente; y, por la misma razón, tampoco pudimos conocerla a través de las revistas o publicaciones -no demasiado numerosas- que tampoco llegamos, en muchas ocasiones, a conocer, hasta casi diez años después de haber sido construida o publicada.

-En el contexto de la difícil renovación de la arquitectura en los cincuenta viene a cuenta que te pregunte por Luis Moya. Para algunos, Moya representa una modernidad alternativa que, a la vuelta de los años -resulta evidente- fracasó.

-Luis Moya fue profesor y amigo mío. Le admiré mucho como hombre y como intelectual erudito. Era un ejemplo de cordialidad y prudencia, sabía muchísimo de construcción, conocía muchísima historia y no sólo de la Arquitectura.

Su fallo tal vez estuvo -y no quiero hacer de mi opinión un juicio-, en que sabía mucha historia y proyectaba su erudición sobre su obra, sin poder superar el peso de una historia que respondía a tiempos pasados, deformando la Arquitectura del propio tiempo con el que se debe estar comprometido para construir el futuro: la Iglesia de San Agustín de Madrid y la Iglesia de la Universidad de

Gijón son dos muestras muy distintas y claras de lo que digo.

Técnicamente son interesantísimas; pero, a mi criterio, no reflejan el tiempo en que fueron construidas. Pero en cambio la nueva Iglesia del Colegio del Pilar -enteramente apoyada en la técnica constructiva de su espacio- es muy bella. Y tal vez -junto con la única Iglesia que construyó Félix Candela en España-, una de las más comprometidas con la nueva Arquitectura.

Creo que las contradicciones de su obra tienen su origen precisamente en su sensibilidad, que captaba y traducía en Arquitectura construida la confusión de nuestro tiempo, que ha conducido a una "posmodernidad" que proclama, como única vía posible, la aceptación del caos. Y que posiblemente en él se tradujo, en sus últimos años, en un desencanto profundo ante las posiciones historicistas de las que partía, y en una renuncia de muchas de las cosas que él había defendido con su obra.

Sin duda lo mejor de cuanto proyectó, y que nunca construyó fue el "Sueño arquitectónico para una exaltación Nacional" (1973), con Manuel Laviada y el Vizconde de Uzqueta.

-En esta historia muchas veces se olvida el papel desempeñado por Carlos de Miguel...

-Carlos de Miguel fue durante muchos años Director de la Revista Nacional de Arquitectura, y la puso al servicio de todos los arquitectos jóvenes y menos jóvenes -sin distinción de color- que hacían o intentaban hacer, frente al desinterés social que casi siempre rodea a la Arquitectura, algo que supusiera un intento de renovación y de empeño arquitectónico.

Todos los arquitectos renovadores de aquellos años tenemos mucho que agradecer a Carlos de Miguel, que prestó su apoyo a todos, sin limitaciones autonómicas o ideológicas.

Diré, sin casi pararme en ello, que De Miguel, junto a Luis Feduchi y yo mismo, fundamos la primera Sociedad de Diseño Madrileña, después de haber ayudado a nacer al Grupo R de Barcelona, aunque no demasiadas veces se recuerde ni lo uno ni lo otro.

-Hasta aquí hemos hablado de arquitectos; pero, prácticamente, no hemos mencionado ni pintores ni escultores, artistas que -pienso- tuvieron una relevancia extraordinaria en este periodo.

-Es cierto. Y sin ellos nuestra Arquitectura -la de mi tiempo- no llegó a comprenderse.

Nosotros trabajamos, como ya he dicho en otro momento, ilusionadamente, apasionadamente. Y en nuestra ilusión y pasión, no estábamos solos; coincidíamos con otros muchos, especialmente con pintores y escultores que también querían expresar desde su propio arte un mundo que cambiaba, un mundo que no queríamos que fuera sólo admiración y recuerdo, sino también creación y riesgo, propuesta y encuentro.

Fueron años, -contra lo que se dice, teñido por la basura de lo político-, llenos de esperanza y de pasión.

Los arquitectos hicimos Arquitectura, pero también muebles, diseño y decoración; polemizamos sobre Pintura y Escultura, defendimos, una vez más, las palabras de Archipenko cuando afirmaba que la realidad no tiene por qué parecerse a la realidad.

Afirmábamos -y sigo afirmando- que Dios no copia, sino que se manifiesta; que en la aventura del hombre histórico y creador, lo único prohibido es copiar.

En esta aventura nos acompañaron muchos artistas plásticos: Oteiza, Pablo Serrano, José Luis Sánchez, Amadeo Gabino, Cumellas, Paco Ferreras, Joaquín Vaquero, José Luis Molezún, José María Labra, Villaseñor, Feito, Vela y tantos y tantos otros con los que unimos nuestras fuerzas en un colectivo esfuerzo.

Siempre me quedará corto en la relación de sus nombres y en la expresión de mi agradecimiento por lo mucho que nos enseñaron y ayudaron.

-No obstante, y desde el compromiso de tu propia experiencia, estarás de acuerdo en afirmar una cierta resistencia de la sociedad hacia los contenidos defendidos por los

arquitectos, ¿piensas que todo eso enlaza con la falta de entendimiento, en general, del arte moderno?

-Sí, naturalmente que enlaza. Porque no creo que la comprensión del arte de cualquier tiempo, que la aceptación del valor de la belleza y del arte sea algo que pueda decidirse por la imposición de la Ley del número o a través de votaciones más o menos democráticas o por decisiones pactadas por consenso. De igual manera que la verdad tampoco se rige por esos cánones, aunque así se diga.

La verdad -la participación en la verdad- como en la admiración de la belleza, se consigue por la ejemplaridad del juicio de los mejor formados; de los que más responsabilidad tienen en la formación de opinión; y por la ejemplaridad, respetada, de las minorías más preparadas, y también a través de experiencias propias, avaladas por la opinión operativa de los que hacen cabeza (por muy distintos cauces), de la sociedad, en la que se vive.

Un refrán de la Edad Media dice que cuando el Rey juega, todos tahúres; cuando el rey bebe, todos borrachos.

Hoy podemos decir algo muy parecido aplicado a las minorías ejemplarizantes -y esa es una de sus mayores responsabilidades-, que deben liberarse de esa nueva censura de lo "políticamente correcto", sin atender a las manipulaciones coactivas de la propaganda mediática.

Y en todos los tiempos -pasados, presentes o futuros- por las minorías que se sienten responsables, obligadas sólo por ese lema exigente que hace decir: "yo sirvo", conformando una aristocracia, que demasiadas veces nada tiene que ver con la de la sangre.

Además de que hay mucha pereza mental, en todos los niveles de la sociedad, y demasiada aceptación de las rutinas, de "lo que siempre se ha dicho o se ha hecho".

O por la comodidad que rechaza el esfuerzo; o por el provecho que nace de no correr el riesgo de opinar contra las mayorías que puede dar lugar a rechazos y marginaciones. Es más cómodo... y más rentable decir que las mayorías siempre tienen razón, aunque griten que suelten a Barrabás y condenen al Justo.

Los grandes mitos de la Reforma, la

Enciclopedia, la Ilustración o las utopías de los nuevos paraísos ya no sirven.

Y los hombres necesitan respuestas que llenen el vacío que han dejado la falsa libertad, la falsa igualdad, la falsa fraternidad, imposible desde la renuncia o la paternidad común del Dios creador, faltos del amor que Cristo nos dejó como herencia; de la iluminación prometida del Espíritu de Dios.

Y los que buscan, encontrarán, desde el desamparo, y también desde la esperanza y la promesa.

Yo espero que el próximo Milenio alumbre al hombre completo que anunciaban san Agustín y santo Tomás, al hombre completo, al que aspiraba el Renacimiento que frustró la reforma protestante; al hombre completo que asuma la única compatibilidad posible de la ciencia y del misterio, ante el cual Einstein no sabía cómo continuar; el misterio que hoy asume la ciencia moderna, como una realidad insoslayable. El hombre completo que haga suya nuestra doble herencia griega y cristiana, sin antinomia alguna entre la ciencia y la fe en el creador de lo que la ciencia se afana en conocer.

-Volviendo a tu historia personal me gustaría que me hablastes de algunas obras que, estoy convencido, han tenido una especial significación en tu vida y han constituido una parte importante de tu labor profesional. Me refiero a tu experiencia en Arabia Saudí.

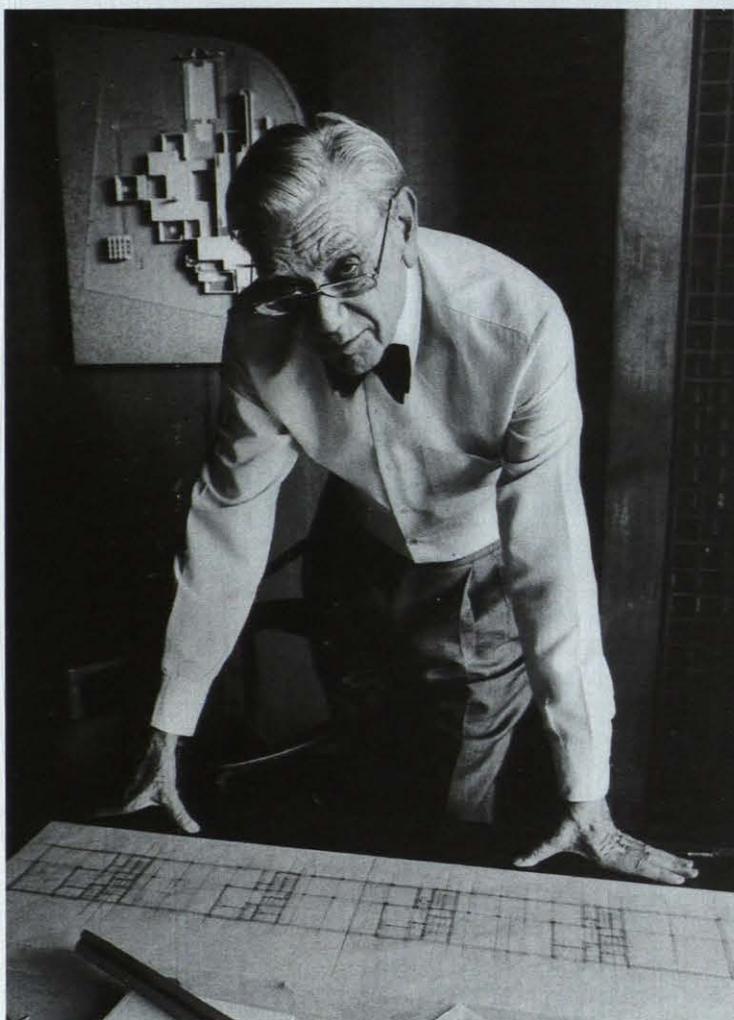
-Naturalmente que sí. Mis trabajos de Arabia arrancan del encargo del Zoológico de Yedah, a consecuencia de mi Zoológico de Madrid.

Unos jeques árabes habían recibido el encargo de elegir un arquitecto para hacer el suyo; habían visitado los más importantes zoológicos de Europa; y el que más les gustó fue el mío.

Me preguntaron si quería hacerlo; les dije que sí, y así comenzaron tres años de trabajos en Arabia y Bahrein.

Una Mezquita no es otra cosa que un espacio donde se puede orar en común, con muy pocos requerimientos y sin que tenga lugar en su recinto ningún misterio que niegue nuestra propia fe.

Se me pedía un espacio eficaz para que ellos desarrollaran sus propios ritos. Les repetí las palabras de Le Corbusier*, aplicadas a mi



ALFONSO SERRANO

propia realidad: yo soy cristiano y no musulmán, pero ustedes sí lo son; y yo procuraré hacer un recinto bello y eficaz para que ustedes puedan hacer con toda paz su oración.

Así nacieron las dos Mezquitas de Tabuk y de Gassim. Desde su Fe y desde mi respeto.

-Y con este, para concluir, volvemos al principio, a los fundamentos de la arquitectura: ¿cómo expresar el mundo de las ideas a través de formas arquitectónicas?

-Sí, ese es el comienzo de nuestra actuación de arquitectos: entender la Arquitectura como la creación de espacios necesarios y significantes, y no como esculturas que sólo se luzcan por la imagen con la que se manifiestan en el espacio exterior que las rodea.

Que no otra cosa supone la actitud de opinar que la Facultad de Ciencias Sociales que ha hecho Ignacio Vicens -y que posiblemente es el más interesante edificio de todo el campus en que se levanta- es un "bunker".

O que las Torres de Kio en la plaza de Castilla, "son muy originales".

Lamentable superficialidad de juicio.

La calificación de "bunker", para toda la obra de hormigón visto, es de una pobreza cultural notable y otro tanto puede decirse del "profundo" análisis que supone juzgar las lamentables Torres inclinadas de Kio como un prodigio de originalidad.

¡Qué lejos queda el juicio arquitectónico culto de esas paupérrimas profundidades de crítica!

-En muchas ocasiones, la "arquitectura de los arquitectos" es rechazada por ser considerada fría ¿Piensas que es posible justificar la arquitectura moderna en términos de elegancia o de sobriedad?

-Es posible que el problema de la frialdad sea un factor determinante que, más que con la actitud cultural, tiene que ver con la falta de cultura.

La elegancia tiene que ver más con la sencillez y la sobriedad que con el recargamiento y el adorno.

Los salvajes, antes que vestirse, se adornan. Los disfraces carnavalescos tienen más que ver con la zafiedad y la incultura que con la elegancia.

Mies me dijo un día en Nueva York, señalando el espectáculo de la repetición torpe de sus elegantes rascacielos: "Yo fui el inventor de todo esto y mire lo que han hecho con mi invento".

Y siguió diciendo: "Yo dije que menos es más, pero hay que reconocer que, muchas veces, menos es menos".

-De todo lo que dices parece como si se hubiera superado la Modernidad, sin haber llegado a ser social y plenamente asumida.

-En cierta manera es así, aunque tal vez lo ocurrido es que la llamada modernidad, inmediata consecuencia de la crisis que conmovió a toda la cristiandad histórica, conformadora de la cultura occidental tras la caída de Roma, sustituyó la verdad revelada, por la verdad comprobable; es decir, por la razón. Y ésta, después de tres siglos de prevalencia, ha entrado a su vez en crisis por su incapacidad para dar al hombre las certezas y la felicidad que ofrecía, a través de la razón.

El terror atómico; los genocidios incalculables en Oriente y Occidente que la humanidad no había conocido nunca; la polución universal, la sustitución del hombre por

la máquina, con la aceptación de lo económico como referencia de universales comportamientos, han acabado para siempre con los mitos de la razón que llamando Dios al hombre, lo han rebajado a la condición de esclavo de apetencias que lo superan; que declarándole libre, le ha hecho esclavo de otros hombres, convirtiendo al mundo en campo de depredación para los más fuertes.

Frente a esta crisis profunda a donde le ha arrojado el hundimiento de los mitos de la modernidad, el hombre se encuentra desvalido y solo, huérfano voluntario de Dios, inseguro ante la falta de certezas y caminos, que la aceptación del caos como constante y única normativa le supone.

Ahora se abre el camino inseguro, pero liberador, que la búsqueda de certezas le ofrece.

Vivimos en un mundo problemático, donde las certezas que se le ofrecieron a través de la razón y de la ciencia han muerto antes de que las eternas certezas rechazadas alumbren de nuevo al mundo.

En esa responsabilidad y en ese riesgo se cuaja nuestra dignidad de hombres y nos da fuerza para enfrentarnos al caos que, como salida de la crisis de la modernidad, ofrece una posmodernidad vacía.

-Es indudable que en este análisis crítico del momento actual nos enfrentamos con un vasto problema de formación y vacío cultural.

-Qué duda cabe de que en esa superficial aceptación o rechazo de la modernidad subyace un problema cultural, un problema de asimilación del propio tiempo, con sus amplias connotaciones sociales, económicas, tecnológicas, de servicio y de sensibilidad.

Y en nosotros, los arquitectos, además de cultura y de sensibilidad, también de formación. ■

* Carvajal evoca la relación del dominico Padre Couturier con Le Corbusier -agnóstico declarado- a quien encargó la reconstrucción de la Capilla de Notre Dame de Haut, en Ronchamp.